

«Escribo á las iglesias que marchó alegre á la muerte, con tal de que vosotros no os opongais á ello; de nuevo os lo suplico, no os abandoneis á una falsa compasión hácia mí. Permitid que sea mi cuerpo pasto de las fieras, pues no hay camino mas corto para llegar al cielo. Yo soy trigo de Dios, y es preciso que sea molido por los dientes de las fieras para que me convierta en pan digno de ser ofrecido á Jesucristo. Antes que tratar de impedirlo, azuzad á las fieras, á fin de que sean mi tumba, y de que nada dejen de mi cuerpo, por temor de que no sea despues de mi muerte una carga para nadie.

«Al llegar á Roma espero hallar á las fieras prontas á devorarme... Perdonadme estos sentimientos, pues sé muy bien lo que me conviene. Ahora empiezo á ser discípulo de Jesucristo; nada me conmueve, todo me es indiferente, excepto la esperanza de poseer á Jesucristo: redúzcame el fuego á cenizas, muera en una cruz de un modo lento y cruel, suelten sobre mí tigres furiosos y hambrientos leones, dispersen mis huesos á los vientos, disloquen mis miembros, magullen mi cuerpo, ceben en mí su rabia todos los demonios, y todo lo sufriré con alegría, con tal que logre con ello la posesion de Jesucristo.

«Mi amor se ha fijado en la cruz; el fuego que me consume es un fuego puro y divino; es un fuego vivificador que me repite sin cesar desde el fondo del corazón: Ignacio, llega á tu Padre. Ya no hallo gusto en los manjares mas exquisitos ni en los vinos mas deliciosos; el pan que yo deseo es la carne de Jesucristo hijo de David; y el solo vino que puede templar mi sed es su sangre, principio de la inmortal caridad. Nada me retiene en la tierra, y ya no me considero como un viviente entre los hombres; quiera Jesucristo haceros sentir la verdad de lo que os escribo; su mismo Padre es el que conduce mi pluma. Obtened para mí el premio de mi carrera: si sufro, me creeré amado por vosotros; mas si desois mi voz, me creeré objeto de vuestro odio.

«Acordaos en vuestras oraciones de la iglesia de Siria, que tiene por pastor á Dios en lugar mio; dignese Jesucristo encargarse de su cuidado durante mi ausencia; á su providencia y á vuestra caridad la confio; en cuanto á mí, vergüenza me da el ser contactado entre sus miembros, no siendo digno, siendo el último de todos. Os saludo con el alma, lo mismo que á todas las iglesias

«que me han recibido en mi camino con tan cristiana caridad. «Os escribo desde Esmirna por medio de los fieles de Éfeso; á los que salieron de Siria para Roma teniendo por mira la gloria de Dios, haceldes saber que estoy cerca, pues creo les conoceréis. Todos son dignos de Dios y de vosotros, y vuestra caridad les presentará cuantos servicios y favores merece su virtud.

«En Esmirna, dia 23 de agosto. ¡Adios hasta el fin en la paciencia de Jesucristo!»

Despues de escrita esta carta partió Ignacio de Esmirna, cediendo á la cruel impaciencia de los soldados que le custodiaban, y que no cesaban de darle prisa, á fin de llegar á Roma antes del dia destinado para los juegos. El buque que le conducia echó anclas en Troade, y allí supo Ignacio que Dios habia devuelto la paz á la iglesia de Antioquia, noticia que calmó sus inquietudes; desde Troade escribió á las iglesias de Filadelfia y de Esmirna, y tambien á san Policarpo, en cuyas tres cartas se observa el mismo espíritu de caridad que en las anteriores.

Su voluntad era escribir á las demás iglesias de Asia; pero sus guardias no le dieron tiempo para ello, por lo que rogó á san Policarpo que lo hiciera por él. Desde Troade pasó á Napoli en Macedonia y desde allí á Filippos; obligáronle á atravesar á pié la Macedonia y el Epiro, y reembarcándose luego en Epidauro en Dalmacia, pasó por las cercanías de Reggio y llegó á la vista de Pouzzole. Al distinguir esta última ciudad donde san Pablo habia desembarcado, pidió permiso para bajar á tierra, á fin de seguir las huellas del grande Apóstol; mas una ráfaga de viento lanzó el buque en alta mar, y vióse obligado el Santo á pasar adelante, contentándose con tributar grandes alabanzas á la caridad de los fieles de aquella ciudad.

«Finalmente, dicen los autores de sus actas, el viento se declaró en favor nuestro, y llegamos en veinte y cuatro horas á la embocadura del Tiber, que es el puerto de los romanos, y al paso que estábamos todos penetrados de dolor al pensar que íbamos á ser separados de nuestro querido maestro; él, por el contrario, se alegraba por ver ya cercano el término de su carrera.

«Apenas saltamos en tierra, cuando los soldados se apresuraron á hacernos tomar el camino de Roma, porque los juegos tocaban ya á su fin; y como se hubiese propalado la noticia de que Igna-

«cio debía llegar de un momento á otro, le salieron al encuentro los «hermanos de Roma. Todos manifestaban en su rostro la congoja «de su corazon, no exenta sin embargo de alegría por ver entre ellos «á aquel grande hombre, á quien habian sido elegidos para acom- «pañar. Algunós de los mas ardientes empezaron á decir entre sí que «era preciso calmar al pueblo y apagar la sed que de su sangre te- «nia; mas habiendo el espíritu de Dios revelado al santo Obispo el «proyecto que contra él se tramaba, se detuvo, y despues de salu- «dar á cuantos le rodeaban, de pedirles y de darles la paz, les su- «plicó, con mas fuerza aun de lo que lo hiciera en su epistola, que «no se opusiesen á su felicidad. Todos se rindieron á sus deseos, é «hincándose de rodillas, elevó el Santo la voz para rogar al Hijo de «Dios que tuviese piedad de la Iglesia, que pusiese fin á la perse- «cucion, y que conservase la caridad entre los fieles.

«Terminada esta oracion, fué cogido brutalmente por los guar- «dias y conducido al anfiteatro en el momento en que los juegos «terminaban; era el 20 de diciembre, uno de aquellos dias solem- «nes que la supersticion romana habia consagrado bajo el nombre «de fiestas *sigilarias*.»

Roma entera habia acudido al anfiteatro, y así que el prefecto hubo leído la carta que le entregaron los soldados de parte del Emperador, fué el Santo bajado á la arena. Al oír el venerable anciano los rugidos de los leones, exclamó: «Yo soy trigo de Dios, y es pre- «ciso que sea molido por los dientes de las fieras, para que me con- «vierta en el pan de Jesucristo;» y apenas hubo dicho estas pala- bras, cuando dos leones se arrojaron sobre él, devorándole en un instante, sin dejar otra cosa de su cuerpo que sus huesos mas gruesos y duros. Así quedaron cumplidos los votos que dirigiera á Dios.

La antigua Roma bebió con avidéz la sangre del Mártir, y abandonando las gradas del anfiteatro, desapareció en sus lugares de disolucion.

«Al ver tan triste espectáculo, continúan los compañeros de Igna- «cio, nuestras lágrimas caian en abundancia; pasamos toda la no- «che velando, llorando y rogando al Señor que nos consolase de «aquella muerte, dándonos una prueba cierta de la gloria que la «habia seguido. El Señor nos oyó, pues habiendo el sueño rendido «á algunos de nosotros, vieron á Ignacio rodeado de inefable gloria,

«y hemos relatado fielmente cuanto sucedió en su martirio, hemos «indicado el lugar, el dia y las circunstancias, á fin de que poda- «mos reunirnos todos los años para cantar la victoria de Jesucristo, «el cual combatió y venció al demonio por medio de su ilustre y ge- «neroso atleta.

«Recogimos con respeto los huesos del Santo, y conducidos en «triunfo á Antioquía fueron guardados como un inestimable tesoro; «de modo que todas las ciudades que se hallaron entre Roma y An- «tioquía recibieron dos veces la bendicion de Ignacio; pues á la ida «acudian á su paso, y á nuestro regreso se agrupaban al rededor «de sus preciosas reliquias como un enjambre de abejas al rededor «de una colmena <sup>1</sup>.» Mas tarde las reliquias de san Ignacio fueron trasladadas á Roma y colocadas en la venerable basilica de San Cle- mente, á algunos pasos del Coliseo, donde descansan todavía.

El brazo de Dios no tardó en herir al perseguidor del nombre cristiano: Trajano, decrepito antes de tiempo, mas por su infame libertinaje que por sus fatigas, murió miserablemente en Selinunta á principios de agosto del año 117 de Jesucristo. Su historia fué escrita por muchos autores; mas excepto algunos fragmentos sueltos y sin órden, nada ha quedado de ella, como si la Providencia hu- biese querido sepultar en el olvido las acciones de Trajano, por los inmoderados deseos que este Emperador abrigaba de llenar con su nombre todo el mundo.

El Gentilismo, vencido en la persecucion de Trajano, no tardó en levantarse mas y mas furioso para trabar de nuevo la lucha: Adriano quiso imitar á su antecesor en su odio contra los cristia- nos, así como le imitaba en sus depravadas costumbres. En verdad que es una grande gloria para la Religion el no haber tenido y el no tener aun por enemigos sino á hombres degradados por las mas viles pasiones; envanezcámonos de ello, pues es la mas irresistible prueba de su verdad y de su santidad.

Á su crueldad natural <sup>2</sup> unia Adriano un espíritu supersticioso hasta el exceso: cuidaba de todos los sacrificios que se verificaban en Roma; ejerció por sí mismo el cargo de sumo pontífice, y fué sa- crificador del templo de Eleusina. Habiendo pasado un invierno en Atenas y héchose iniciar en todos los misterios de la Grecia, permi-

<sup>1</sup> *Bibliot. select. Patr. t. II.*

<sup>2</sup> Véase Spartian. 2.

tió á los gentiles perseguir á los cristianos, persecucion que, segun san Jerónimo, fué muy sangrienta <sup>1</sup>.

Entre las primeras y mas ilustres víctimas cuéntanse san Eustaquio, su esposa Teopista y sus hijos quemados vivos dentro un toro de bronce. Ocupa el segundo lugar santa Sinfrosa, cuyo martirio sucedió de esta manera: En el año 121, dos años despues de su advenimiento al imperio, Adriano elevó cerca de Tibur, en el dia Tivoli, un magnifico palacio, cuya dedicacion quiso llevar á cabo con todas las ceremonias usadas por los gentiles en tales circunstancias; ofreció sacrificios y consultó á sus dioses acerca de la duracion de tan soberbio edificio; mas en vez de la lisonjera contestacion que aguardaba, recibió la siguiente: «Príncipe, no nos es dable satisfacer vuestra curiosidad, hasta tanto que hayais hecho cesar el insulto que nos prodiga una viuda cristiana invocando su Dios en nuestra presencia: llámase Sinfrosa y es madre de siete hijos; haced que nos ofrezca incienso, y contestaremos á vuestras preguntas.»

Sinfrosa vivia en Tibur con sus siete hijos, y empleaba sus rentas, que eran muchas, en aliviar á los pobres, y sobre todo á los cristianos que sufrían por la fe: Adriano dió orden de apoderarse de la santa viuda y de sus hijos, y de conducirlos á su presencia; en un principio, ocultando su indignacion bajo una dulzura aparente, solo empleó palabras de cariño para excitarles á sacrificar á los dioses; mas Sinfrosa, animada del espíritu de Dios, contestóle en su nombre y en el de sus hijos: «Príncipe, he tenido por marido y por cuñado á dos oficiales de vuestros ejércitos <sup>2</sup>; ambos tuvieron el honor de mandar vuestros soldados; eran tribunos; ambos dieron su vida por Jesucristo, prefiriendo sufrir mil tormentos antes que quemar un grano de incienso ante los ídolos que adorais; los dos murieron despues de haber vencido á los demonios, mas ahora viven en el cielo, coronados de honor y de gloria.»

El Emperador, con el rostro alterado, le dijo con tono severo: «Sacrifica al momento, ó te sacrifico á tí y á tus siete hijos á nuestros poderosos dioses.»

SINFROSA. «¡Oh Dios mio! ¿seré tan feliz que sea inmolada ocho veces?»

<sup>1</sup> In Catalog. Orosio, Mamachi, Baronio, el padre de la *Historia eclesiástica*, le colocan entre los diez grandes perseguidores de la Iglesia.

<sup>2</sup> Getulio y Amacio.

ADRIANO. «Lo repito, te sacrificaré á nuestros dioses.»

SINFROSA. «Vuestros dioses no pueden recibirme en sacrificio; no soy una víctima para ellos; y si mandais que sea quemada en nombre de Jesucristo, mi muerte aumentará los tormentos que vuestros demonios sufren en las llamas.»

ADRIANO. «Elige: ó sacrificio, ó muerte.»

SINFROSA. «Sin duda pretendéis asustarme; no, vuestras amenazas no lograrán vencerme; deseo reunirme con mi esposo á quien hicisteis morir por el nombre de Jesucristo. ¿Qué esperais? héme aquí pronta á morir, pues adoro al mismo Dios.»

El tirano mandó que se condujese á Sinfrosa al templo de Hércules, que le magullasen el rostro á puñetazos y que la suspendiesen por los cabellos; y como permaneciese firme en medio de sus tormentos, la hizo arrojar al río <sup>1</sup>, con una gruesa piedra atada al cuello. Preciso era que aquel Tibur y aquel Teverone, testigos de tanto y tan desenfrenado libertinaje, fuesen purificados con el suplicio y la sangre de nuestros Mártires. Eugenio, padre de Sinfrosa, uno de los principales del Consejo de Tibur, recogió su cuerpo y lo enterró en el camino cerca de la ciudad.

Al dia siguiente mandó Adriano que compareciesen á su presencia los siete hijos de Sinfrosa, empleando el nuevo Antiocho toda clase de exhortaciones, de promesas y de amenazas para decidirles á sacrificar á los dioses; hasta que viendo que todo era inútil, dispuso que al rededor del templo de Hércules se plantasen siete estacas, á las cuales fueron sujetados con poleas. El cruel Emperador tomó placer en variar sus tormentos: á Crescencio, el mayor, le atravesaron la garganta con una espada; el segundo, llamado Julian, recibió una puñalada en el pecho; á Nemesio le atravesaron el corazón con una lanza; Primitivo fué herido en el estómago; á Justino le rompieron los riñones; á Stacteo le abrieron los costados, y Eugenio, el mas jóven de todos, fué abierto de arriba abajo.

Un dia despues de la muerte de los bienaventurados hermanos Adriano fué al templo de Hércules, hizo abrir un profundo hoyo, y mandó que fuesen arrojados á él los cuerpos de los Mártires. Su sangre apagó el fuego de la persecucion, el cual no se encendió de nuevo hasta pasados diez y ocho meses, cuyo tiempo de paz emplearon los cristianos en tributar á las reliquias de los Mártires el honor que

<sup>1</sup> El Teverone.

les es debido: eleváronseles sepulcros en diferentes partes del mundo; sus nombres fueron grabados en los monumentos; mas lo están en el libro de vida con caracteres de luz, que el tiempo no podrá apagar jamás <sup>1</sup>.

Tal era la vida de nuestros antepasados en aquellos días tan tristes y hermosos á la vez: luchar, sepultar sus muertos, y orar juntos al rededor de sus sepulcros preparándose para nuevos combates. Despues de una tregua de diez y ocho meses encendiöse de nuevo la guerra, que no terminó hasta poco antes de la muerte de Adriano; en esta nueva persecucion murieron san Hermes, prefecto de Roma, y el papa san Alejandro.

Llegado era el tiempo en que la verdad, defendida hasta entonces con la sangre y las animosas palabras de los Mártires, debia ser públicamente vengada, y para ello Dios le dió elocuentes apologistas. Quadrato y Aristides fueron los primeros que llevaron hasta el pié del trono la justificacion de los cristianos; el primero, obispo de Atenas, presentó por sí mismo su apología al emperador Adriano; este precioso monumento se ha perdido. El segundo era igualmente ateniense, en cuya ciudad ejercia la profesion de filósofo; convertido al Cristianismo, quiso extender sus conquistas, escribiendo sobre su doctrina, y presentó su apología al mismo Emperador. Adriano se dejó persuadir por la elocuencia de los dos abogados del Cristianismo, y mandó cesar la persecucion.

Sin embargo este Emperador, manchado con la sangre de los cristianos, debia servir á la gloria de Jesucristo, convirtiéndose en un nuevo monumento de su justicia; á sus pasados crímenes añadió nuevos ultrajes contra el cielo, y se atrevió á hacer ostentacion de su infame libertinaje, construyendo una ciudad que debia recordar su memoria. En el mismo lugar en que resucitara el Salvador colocó una estatua de Júpiter, y una de Vénus en el Calvario; en Belen hizo plantar un bosque en honor de una divinidad no menos infame, y le consagró la gruta en que nació Jesucristo. Tantos sa- crilegios colmaron la medida de sus iniquidades.

Presas de una sombría melancolía, Adriano se hizo cruel como nunca, y á fines de su reinado mandó dar muerte sin motivo alguno á muchas personas distinguidas. Atacado de una hidropesia en aquel mismo palacio de Tibur, donde habia condenado á santa Sinforosa

<sup>1</sup> P. Ruinart, t. I, pág. 126.

y á sus hijos, entregöse á la mas violenta desesperacion; varias veces pidió á gritos un veneno ó una espada para quitarse la vida, llegando á ofrecer dinero y á prometer la impunidad á los que quisiesen prestarle aquel pretendido servicio; mas nadie aceptó sus ofrecimientos. El tirano se lamentaba noche y dia de no poder hallar la muerte, él que la habia dado á tantos otros, y por fin se la dió él mismo en Baies, en el año 138 de Jesucristo.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por las gloriosas victorias que habeis conseguido sobre el demonio, en la persona de san Ignacio y de santa Sinforosa; hacednos partícipes de aquella caridad que ardia en sus corazones, mas fuerte que la misma muerte.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero vivir como si me hallase en el mundo solo con Dios.